

NUEVA YORK REIVINDICA A SUS INMIGRANTES EN EL CARNAGIE HALL

Daniel Martín Sáez
Universidad Autónoma de Madrid

Nueva York · 9 de octubre de 2017 · Carnegie Hall

Orchestra Moderne NYC · Directora: Amy Andersson · Asistente de dirección: Sho Omagari · Maestra de ceremonias: Karen Johal · Actores: Stacey Lightman (interpreta a H. L. Cohen), Myles Phillips (J. Apanomith), Rori Noguee (L. Galletta), Daniel Kreizberg (L. Salamon), Annie Meisel (H. Rosenthal), Austin Ku (E. Steen), Carol Beaugard (K. Beychok).



El concierto de ayer fue memorable. El Carnegie Hall dedicó a los extranjeros de la historia norteamericana un homenaje meditado, pero también intenso y emotivo, que fue al mismo tiempo una celebración llena de patriotismo, apuntalada con los rasgos de una mitología épica.

El concierto forma parte del ciclo titulado “El Viaje a América” y constó de dos partes, divididas por el correspondiente descanso. La primera, más sinfónica y reflexiva, comenzó con la *Obertura hacia la Luz* de Lolita Ritmanis, estrenada por primera vez en Estados Unidos, y terminó con el estreno mundial del Concierto para violín y orquesta de Steven Lebetkin. La segunda, más celebrativa y programática, se abrió con la famosa *Fanfarría para el hombre común* de Aaron Copland y culminó con la inclasificable *Isla Ellis: el Sueño de América* de Peter Boyer. Todas ellas fueron interpretadas magistralmente por la Orchestra Moderne NYC, dirigida por Amy Andersson.

Contribuyó a la expectación saber que todos los compositores (exceptuando, claro está, a Copland) se encontraban entre el público, cuando a las ocho en

punto empezó a resonar por los altavoces la voz de la presentadora, Karen Johal, acompañada por una intérprete de lengua de signos, que

recalcó la importancia del evento como una oportunidad para reconocer el papel de los extranjeros en la historia de Estados Unidos. No pudo faltar una mención al temor, cada vez más visible desde las últimas campañas presidenciales, de que América olvide el papel de los extranjeros en la creación del imperio más poderoso del presente.

La intérprete de lengua de signos permaneció sobre el escenario durante la primera pieza musical, la *Obertura* de Ritmanis, un homenaje a los miles de personas que hubieron de abandonar Letonia (donde se estrenó mundialmente la pieza en 2014) durante la Segunda Guerra Mundial. El arpa, los violines o los metales encontraron su expresión en los gestos de la intérprete, ante una música de película (Ritmanis ganó en 2002 un Emmy por la música de la serie *Batman del futuro* y es conocida especialmente por su música cinematográfica), perfecta para sacar a escena la mitología americana. La obertura plasmaba, pese al componente trágico de la historia, la fortaleza de los lituanos que lograron superar los obstáculos y encontrar la luz.

A esta obra seguía el concierto para violín de Lebetkin, interpretado magistralmente por Momo Wong, que debutaba en el Carnegie Hall, aunque hubo momentos en que la orquesta no dejó brillar la pulida técnica de la violinista. La obra, dividida en tres movimientos, recoge la tradición clásica europea e incluye una balada dedicada a Karol Rathaus, el compositor polaco-judío que llegó a Nueva York huyendo del nazismo y del que Lebetkin se considera heredero, aunque la obra también pretende homenajear a Haydn, Bartok, Chopin o Beethoven. Se clausuraba así esta primera parte recordando lo que Estados Unidos debe a Europa. En el programa de mano, Lebetkin remarcaba su convicción de que “la música contemporánea puede conmover el alma humana de un modo universal y, espero, atraer a un público más amplio a las salas de concierto”.

La *Fanfarria* de Copland iniciaba entonces la segunda parte del concierto, un canto a la democracia americana inspirado en el famoso discurso de Henry A. Wallace de 1942, que etiquetaba su época como “el siglo del hombre común”, frente a quienes querían denominarlo “el siglo de América”, toda una declaración de intenciones respecto a la inmigración que nos traía de vuelta a la obra de Ritmanis. Quien habría hecho grande a América es la gente común, venida de todos los países del mundo. En el programa de mano se destaca que la obra ha sido interpretada en actos realizados por el papa Francisco y el presidente Obama, dos figuras caracterizadas en su imagen pública por haber tendido lazos de unión entre diversas culturas.



La última obra cerraba el concierto elevándolo a la categoría de una peregrinación y le otorgaba, en cierto modo, una perfecta unidad. Se trata de *Isla Ellis: El sueño de América*, que ha recibido más de ciento cincuenta representaciones desde que se estrenó en el año 2002, y que además de la orquesta incluye siete actores sobre el escenario. La obra es en gran medida heredera de la *Novena* de Beethoven, la primera sinfonía de la historia que incluyó un poema (la famosa *Oda a la alegría* de Schiller) cantado en su último movimiento, dedicado *grosso modo* a los ideales de la Revolución Francesa.

Pero aquí se celebra el sueño americano y no escuchamos solamente la voz de un poeta. Quien toma la palabra son siete personas con nombre y apellidos, que narran (en lugar de cantar, aunque siempre acompañados por la orquesta) su viaje hacia los Estados Unidos, teniendo todos ellos como primer destino la famosa Isla Ellis. Peter Boyer se inspiró en algunos de los centenares de entrevistas de inmigrantes de diversos países que pasaron por Ellis entre 1910 y 1940 (la mayoría de las cuales solían durar una hora), realizadas a finales del siglo XX y conservadas en el archivo del Museo de Inmigración Isla Ellis de Nueva York, ya sea en transcripciones o en grabaciones. El resultado, siete historias de tres hombres y cuatro mujeres de diversas procedencias, desde Irlanda hasta Rusia, pasando por Hungría, Bélgica, Italia, Grecia y Polonia. Los encargados de narrar las historias, a partir de expresiones literales de los personajes entrevistados, son siete actores profesionales, que en el concierto de ayer representaron sus papeles con enorme credibilidad. La música contribuye a crear la ilusión de que son los inmigrantes quienes se dirigen directamente a nosotros.

La obra se divide en un Prólogo, las siete historias divididas por seis interludios orquestales y un Epílogo. Durante el Prólogo y el Epílogo se proyectan fotografías en blanco y negro de los extranjeros (pertenecientes al mismo Museo) durante sus periplos a través de aquella odisea atlántica, en este caso en tres pantallas donde se reprodujo la misma imagen por triplicado. Gente común, niños, jóvenes, adultos, ancianos, embarcaciones, maletas, puertos y aduanas abren el Prólogo con una música llena de fuerza, que termina con la imagen de un niño junto a sus padres dirigiendo sus miradas a la Estatua de la Libertad. Como en la Obertura de Ritmanis, el optimismo se sobrepone a la tragedia y nos presenta hazañas valerosas, acometidas por personas corrientes decididas a iniciar una nueva vida con dignidad.

El compositor reconoce haber pasado cuatro meses realizando el texto antes de componer una sola nota, lo cual explica en parte que la música y el texto encajen a la perfección. La narración, además, se desarrolla en primera persona, de tal modo que casi podemos seguir paso a paso el viaje de sus protagonistas. Las fotografías del Prólogo y el Epílogo, que también siguen un orden acorde con la música, fueron elegidas en último lugar.

Las siete narraciones van ofreciendo pequeños motivos del mensaje que se quiere transmitir, en un entramado sencillo, pero sólidamente concebido, en el que el compositor tuvo que descartar centenares de páginas para ofrecer una obra que, finalmente, dura menos de una hora. La primera historia comienza con una representación del

sueño americano a través de la historia de Helen Lasman Cohen, un polaco que sueña con llegar a América (“I was always dreaming of America”), donde todo el mundo es bien recibido (“they open the doors for everybody”). En la segunda, el griego James Apanomith hace hincapié en su búsqueda de una vida mejor (“better life”), dejando a su familia en Grecia con sólo 16 años.

Las historias centrales, desde la tercera hasta la quinta, inciden en la tragedia de la situación de partida, ofreciendo un contraste lleno de optimismo respecto a la vida que encontrarán en América.

Lillian Galletta, desde Italia, narra la tormenta que amenazó a su embarcación antes de llegar a Nueva York, para destacar a continuación su entrada en un país libre (“free country”) en el cual todos pueden vivir juntos. La historia de Lillian es quizá la más emotiva en la breve historia de esta obra, teniendo en cuenta que era la única persona viva cuando se estrenó en el año 2002 y pudo asistir al estreno con sus hermanos, más de setenta años después de haber llegado a Estados Unidos.

La cuarta historia, narrada por el húngaro Lazarus Salamon, comienza relatando la situación de penuria y desolación en su país, debido a la guerra, en contraste con la felicidad que encuentra en América (“everybody was happy”), un país donde, en el fondo, *todos* son extranjeros.

La quinta historia, narrada por la belga Helen Rosenthal, subraya la idea de supervivencia (“survive the day”), presentándose Nueva York bajo la imagen de la seguridad (“we were safe”), aunque esta vez culmina con un final trágico, cuando la protagonista conoce desde Estados Unidos que sus padres han sido asesinados por los nazis. A pesar de todo, ella ni siquiera contempla dejarse llevar por el odio (“I have never been taught to hate”).

En estos tres casos, la orquesta representa esos componentes trágicos (la tormenta, el contexto militar, la melancolía) con giros musicales de factura cinematográfica, para entregarse después a un optimismo casi idílico cuando la narración nos traslada a Nueva York. Los extranjeros se refieren a menudo a la estatua de la Libertad, que se puede ver desde la embarcación cuando uno está llegando a la Isla Ellis, como símbolo de ese sueño y esa nueva vida llena de seguridad, libertad y felicidad. La música unifica todas las historias bajo al menos tres motivos que aparecen y reaparecen, como símbolos de la dignidad de los inmigrantes, el devenir de los viajes y la libertad de América. También la Estatua de la Libertad tiene su propio *leitmotiv*, contribuyendo a elevar la emoción de las narraciones cuando los inmigrantes divisan su nueva patria.

La sexta historia es la más vitalista y alegre, ofreciendo un perfecto contraste con las historias anteriores. La música cambia de repente, casi con el ritmo bailable de un *ragtime* (el compositor se ha referido también al popular Tin Pan Alley) con motivos jazzísticos al piano dignos de Gershwin que reflejan la ajetreada vida de las calles de Broadway en los años 20, mientras el irlandés Manny Steen, de 19 años, se divierte narrando su felicidad durante su primer día en Nueva York, ilusionado primero por las historias de indios y vaqueros, y después

por las multitudes y la vida de la ciudad, dando a entender que, desde entonces, todo ha sido una aventura en América.

En la séptima, una niña rusa de diez años, Katherine Beychock, nos cuenta el reencuentro con su padre en Nueva York tras ocho años sin verle. Al llegar a América, nos cuenta la niña, todos están contentos y ríen (“everyone was laughing”), de nuevo bajo el telón de fondo de esa diosa de la Libertad que parece una visión del cielo (“a vision from Heaven”).

Para culminar, durante el Epílogo, los siete personajes interpretan a la vez el soneto de Emma Lazarus que hoy podemos encontrar a los pies de la Estatua de la Libertad, *The New Colossus* (1883). Tras la orquesta, vuelven a aparecer de nuevo las imágenes de los extranjeros en las tres pantallas, hasta que culmina el poema. Entonces, la música pone fin a la obra mientras aparece una fotografía de la estatua de la Libertad, que cambia del blanco y negro al color.

Tras el apoteósico final, el público saltó de sus asientos a aplaudir. Tal y como habían hecho previamente el resto de compositores, Boyer salió a escena a recibir los aplausos. A continuación, invitó a sus colegas a subir y todos, músicos, actores, orquesta y compositores recibieron las ovaciones del público. No era difícil reconocer que parte de ese entusiasmo se debía a la situación política sugerida al principio por la presentadora, como si quisieran reforzar su convicción de que Estados Unidos debe continuar siendo, pese a las posibles amenazas que puedan surgir, una patria de extranjeros.

